

FEMINISMO Y EMOCIONES SOCIALES: REPERTORIOS DE ACCIÓN DE MUJERES EN #YO SOY 13 Y ESPACIOS FEMINISTAS EN MANAGUA

Amaranta Cornejo Hernández*

Si hemos de comprender las acciones emprendidas, necesitamos entender las emociones que las conducen, acompañan y son resultado de ellas. Si los actores políticos se interesan por ellas, los analistas también deberían hacerlo.

James Jasper

Introducción

La reflexión que presento hoy¹ surge de la pregunta de cómo y por qué me interesa investigar en torno a la correlación entre emociones sociales y repertorios de acción de las mujeres en #Yo soy 13² y dos grupos feministas en Managua: Colectiva Feminista “Desde las Gafas Violetas” y el Programa Feminista La Corriente. La primera respuesta que me di fue que me interesa por haber participado en el movimiento 132. Sin embargo, esta razón no me satisfizo. Mi propia participación no cubre las realidades nicaragüenses.

Analepsis. Cuando era pequeña, mi mamá y mi papá participaban en un grupo de apoyo a las luchas centroamericanas de liberación, así que escuchaba nombres de ciudades y países, e intuía que allá había “problemas”. Así aprendí que Nicaragua era un país al sur del mío: México. También escuché y canté lo que los hermanos

* Cátedra CONACyT. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, México.

¹ El presente texto abreva del trabajo realizado durante la estancia posdoctoral financiada por el Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM, del cual fui becaria de septiembre de 2013 a agosto de 2014 en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM.

² A reserva de las críticas que puedan surgir, parto de la premisa de que el 132 fue un movimiento social heterogéneo, con sus fases de cresta, reflujo y fin. Con esto último no quiero decir que su muerte haya quedado ahí; apelo a la ley de la física de que la materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma, para decir que quienes estuvimos en el 132 seguimos actuando en otros espacios, la mayoría ya no en la calle ni en asambleas, ni en colectivos siquiera, sino en nuestros espacios cotidianos.

Mejía Godoy, Amparo Ochoa y Silvio Rodríguez le cantaban a esas tierras. Fue hasta 2008, casi treinta años después de estas vivencias, cuando llegué por primera vez a Nicaragua, donde esperaba encontrar una sociedad revolucionada aún. El golpe con la realidad fue duro y me costó reelaborar un marco de entendimiento que me ayudara a entender la situación política del momento, pero sobre todo a transitar por la cotidianidad. La respuesta posible, entonces, radica en la cotidianidad.

¿Empatía, espejeo? En un ejercicio reflexivo intermitente, a veces retomaba la pregunta viajando en combi, caminando por la calle, nadando, marchando, *facebookeando*. ¿Por qué y para qué hago esto?, ¿por qué y para qué quiero hablar sobre los repertorios de acción y la correlación que guardan con las emociones sociales?, ¿por qué el 132 y las feministas nicas?, ¿por qué las mujeres? Más que un artículo, por ahora quiero compartir una serie de anátesis reflexivas en torno a mi trabajo como investigadora, para de esta forma ir creando respuestas a las preguntas que apenas mencioné. Las reflexiones parten del trabajo de campo doctoral y posdoctoral que realicé entre 2010 y 2014 en Managua y la ciudad de México. Mi postura epistémica a lo largo de estos años ha sido la del conocimiento implicado y el conocimiento situado, es decir, me vivo feminista.

¿Por qué las mujeres?

Desde la licenciatura me han interesado los grupos de mujeres, las acciones que en colectivo emprendemos. Es por eso que cuando, en 2013, leí el texto de Barbara Rosenwein (2010) en el que mencionaba las comunidades emocionales, me sentí súbitamente atraída por el concepto. Mezclaba ahí tres intereses míos: la comunidad, la dimensión social de las emociones y las mujeres como sujetos cognoscentes. De acuerdo con esta autora estadounidense, la comunidad emocional corresponde a los “sistemas de sentimientos, (es decir) lo que esas comunidades (y sus individuos) definen y evalúan como valioso o dañino para ellos, así como las emociones que valoran, desvalorizan o ignoran, además de la naturaleza de los lazos afectivos entre la gente que les reconoce” (Rosenwein, 2010: 11).

Desde la licenciatura he trabajado en torno a propuestas teóricas feministas o emanadas de éstas. Primero, desde la escritura de mujeres africano-americanas en Estados Unidos, busqué entender y ubicar a las ancestras como forma de reivindicación política en torno a las llamadas ausencias en la historia. La imagen aquí eran las cobijas hechas con retazos de tela como forma de reconfiguración de la historia de las mujeres a través de las historias de muchas de nosotras. La propuesta específica que retomé fue la del *womanism*, la cual partía de colectividades

de mujeres, como los pequeños grupos de conciencia, para ir desentrañando en lo cotidiano los mecanismos de poder y dominación hacia las mujeres negras. Al hablar de esto me refiero específicamente a Alice Walker, bell hooks, Rita Dove, Toni Morrison, Barbara Christian y Zora Neale Hurston, entre otras. En la maestría busqué entender cómo reconfiguraban sus identidades femeninas las mujeres de la cooperativa de artesanías K'inál Ansetik de la cabecera municipal de San Andrés Larráinzar, en Chiapas. Quería saber si el espacio de organización les suponía un cambio en su ser mujeres o no. Más recientemente, en el doctorado rastree los discursos de género de dos organizaciones de comunicación radical que apuntalan los procesos de apropiación de tecnología audiovisual. En el posdoctorado seguí la pista de las motivaciones que llevan a las mujeres a organizarse y actuar para transformar sus realidades dolorosas, como la violencia contra las mujeres en todas sus manifestaciones. Entonces, a lo largo de mi vida académica mi guía han sido las mujeres en sus prácticas cotidianas, y esto me ha llevado, repetidamente, a buscar asideros desde teorías de las humanidades y las ciencias sociales.

Las formas de transitar: apuntes metodológicos

El trabajo de campo en torno al cual reflexiono es uno de tipo intermitente (Kleinman y Copp, 1993). No se apega estrictamente al canon antropológico de irse lejos y por largas temporadas, sino que se realiza en diversos espacios geográficos, echando mano incluso de las tecnologías digitales —internet— y dislocándolo en el tiempo. Este tipo de trabajo permite hacer un rastreo más prolongado de las expresiones emocionales, tanto de los sujetos de estudio como de las mías propias en tanto investigadora.

El trabajo de campo intermitente se engarza con la propuesta de trabajo de campo multisituado (Behar, 1995; Castañeda, 2010). George Marcus (2001) reconoce que la etnografía multilocal o multisituada lleva a un “conocimiento de varias intensidades y calidades” (2001: 114). Aquí la propuesta feminista explota el carácter multisituado de las investigaciones para llegar a un plano analítico lejano de las generalizaciones y reconocer la diversidad de situaciones (Castañeda, 2010). De esta forma se puede dar seguimiento a discursos en un arco de tiempo más prolongado, lo cual permite reconocer cambios. Me aboco esta vez a la expresión emocional de las mujeres activistas.

Para conocer la expresión emocional de las feministas nicaragüenses realicé entrevistas semiestructuradas con dos integrantes de La Corriente —Milagros

Romero Meza y Cristina Arévalo— y dos de la Colectiva —Gabriela Montiel y Mafe Mosco—. En estas entrevistas no indagué directamente sobre las emociones, en tanto que no giraban específica ni exclusivamente en torno a este tema, sino que éstas atravesaban los discursos de mis sujetos de estudio. Analizo la emoción a partir de su expresión, que es una representación de la experiencia emocional misma. Para analizar la experiencia del I32 me aboqué al ejercicio planteado por Laurel Richardson (1994), que consiste en realizar un trabajo autoetnográfico, para de esta forma “recuperar” y reconstruir mi propia participación dentro de ese espacio político.

¿Por qué los espacios de activismo #Yo soyI32, la Colectiva Feminista “Desde las Gafas Violetas” y La Corriente?

Por un lado, reconozco en estos espacios un activismo combinado o, como diría Javier Toret, una práctica tecnopolítica, la cual tiene que ver con “la capacidad de conectar, agrupar y sincronizar, a través de tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y en torno a objetivos, los cerebros y cuerpos de un gran número de sujetos, en secuencias de tiempo, espacio, emociones, comportamientos y lenguajes” (Toret, 2013: 13). Ciertamente, esta capacidad no termina en la red, sino que es un vaivén entre la calle y el espacio virtual.

En lo específico, el I32 representa una interpelación hecha desde un sujeto de enunciación híbrido porque es colectivo, en tanto el *hashtag* que le da origen es una respuesta colectiva y al mismo tiempo es una enunciación individual, personalizada porque parte de un “yo” (Guiomar Rovira, 2015). Este rasgo performativo³ lo diferencia de los otros movimientos surgidos en esos meses, casi años —Primavera árabe, *Occupy*, Indignados, 15M, estudiantes en Chile y Colombia—, porque resquebraja la división dicotómica entre lo individual y lo colectivo. Así, su performatividad jugará en ese sentido, en eso que las feministas hemos reconocido enunciativamente: lo personal es político. Por su parte, las integrantes de la Colectiva y de La Corriente se sienten interpeladas por el feminismo, pues este es el eje que las articula y en torno al cual se juntan y movilizan. Ellas lo reconocen así:

³ Diane Taylor (2013) advierte la diferencia entre lo performativo y lo performático. El primero está relacionado con los actos de habla, y lo segundo con los discursos corporales, y por ende con la noción de puestas en escena. En este trabajo utilizaré únicamente una noción de performatividad que engloba ambos niveles analíticos, porque lo performativo, en tanto interpelación, tiene que ver con la dramaturgia social (Le Breton, 2012), la cual no disocia lo corporal de lo verbal.

Cristina: Meterte al activismo feminista sí tiene que ver con las cosas que el machismo, el poder que ejerce sobre las mujeres, pues a mí también me afecta, a mí como mujer, clase media. Como que hay un vínculo con un titipuchal de mujeres más, independientemente de su nivel socio-económico, su nivel académico. Y que entonces las ideas, las reflexiones feministas te ayudan a movilizarte, y a estar en la calle, y a hacer cosas en las redes sociales, y a hacer lo que hacemos en La Corriente. [...] porque yo voy por ellas y porque también a mí me afecta.

Milagros: El feminismo no es pobrecita nadie, es decir, es la convicción profunda de que todas las mujeres merecemos una vida digna y merecemos ser felices, independientemente del nivel socioeconómico donde esté.

Cristina: Ahí no son las otras a las que les afecta, es también a mí. Yo creo que esa es la diferencia (entrevista realizada el 25 de febrero de 2014).⁴

Esto lo relaciono con una emocionalidad asumida y reivindicada, la cual, nuevamente apelando a Toret, forma parte de la tecnopolítica en tanto se rompe “la frontera entre admirar un proceso e incorporarse activamente al mismo” (Toret, 2013: 49).

En los últimos dos años me he acercado al estudio social de las emociones para poder comprender mejor las realidades con las cuales me he relacionado, no sólo académicamente. He optado por abordar los discursos emocionales porque me permiten reconocer la homogeneidad que significa la intersubjetividad en los espacios activistas. Es decir, entenderlos como espacios de tensiones intersubjetivas que posibilitan una “reorganización social a gran escala, partiendo de agrupaciones de individuos realizadas no por una proximidad física, sino por una proximidad o agrupación de intereses, gustos, deseos y proyectos” (Toret, 2013: 40). Así como el #Yo soy 132 fue un espacio donde se podía hablar de política sin caer en lugares comunes ni ser tildada de obsoleta, porque eso no servía para nada, así también fue posible reconocer el cúmulo de emociones que nos atravesaba y reconfiguraba en nuestra acción colectiva.

Parto de la premisa de que el discurso emocional permite asumir las emociones como motores de nuestras acciones políticas, porque desde ahí se habitan los espacios de encuentro, organización y movilización. Interpelar desde ese discurso puede provocar una mayor empatía. En el caso de #Yo soy 132, entre nosotras y nosotros lo común se reforzaba porque esa empatía era más profunda en tanto no nos diseccionaba entre seres racionales y seres sensibles; era parte de lo mismo y lo

⁴ Al final de cada fragmento de entrevista, anoto la fecha en que la realicé.

reconocíamos. Diríamos desde la teoría feminista: éramos, somos, sujetos situados y compartíamos evaluaciones en torno a eventos relevantes, siendo el primero de ellos la coyuntura electoral. Convergíamos emocionalmente.

Al hablar de convergencia emocional me refiero al propio reconocimiento de que nos movíamos, sí, por la coyuntura electoral, y también por la indignación ante la corrupción, por el hastío ante la crisis, por la esperanza de lograr un cambio, por el amor a la vida y a esta tierra llamada México, por la euforia de formar parte de una movilización global hermanada con movimientos previos —Estado español, Egipto, Túnez, Turquía, Estados Unidos, Chile, Grecia, Portugal—. Parkinson y otros se refieren a esto como el “patrón de conducta emocional visto como constitutivo para pertenencia a un grupo” (Parkinson *et al.*, 2005, citados por Von Scheve e Ismer, 2013: 408) que no se acota a un espacio físico, sino a un espacio donde se viralizan discursos políticos, ideológicos y también emocionales.

Analíticamente, el discurso emocional, en tanto performativo, establece un vínculo a modo de bisagra entre las dimensiones individuales-subjetivas y colectivas-intersubjetivas. Es a partir de un abanico de emociones como se recrean comunidades emocionales, lo cual a su vez permite generar una sensación de arraigo a un espacio común. La comunidad emocional corresponde al aspecto de: “todo grupo social en el cual la gente tiene intereses y se siente parte del grupo” (Rosenwein, 2010: 12).

¿Por qué las mujeres activistas?

En cuanto al #Yo soy 132, en el cúmulo de reflexiones que aquí comparto quiero repensar las formas como participamos las mujeres ahí. Es importante porque los análisis hechos hasta ahora sobre esta movilización no abordan la especificidad de la participación política de nosotras, las mujeres. Así, la reflexión y el análisis nos permiten contar con claves para entender cómo funcionaba el 132, y cuáles eran las prácticas innovadoras y cuáles las recurrentes. De esta forma busco centrarme más en la diversidad de discursos y prácticas políticas que se pusieron en juego, e ir más allá de valoraciones basadas en términos de éxito o fracaso.

Por lo que toca a los espacios de las jóvenes feministas activistas de Managua, considero importante retomar sus palabras ya que testimonian una reflexividad que les permite replantearse su quehacer de forma permanente. Así, la noción de lo político se expande al tener su anclaje en las acciones cotidianas que les provocan a encontrarse, organizarse y movilizarse.

En los tres espacios de referencia encuentro una participación política combinada entre el espacio virtual, las asambleas y las calles. Es importante reconocer esta hibridación porque para la generación que participó y participa en el I32, en la Colectiva y en La Corriente la virtualidad es un espacio, y quizá herramienta, cotidianos. Sin embargo, aun cuando las habitantes de estos tres espacios activistas practiquen la tecnopolítica, es vital reconocer la cuestión de las brechas tecnológicas y digitales en este tipo de activismo. Se trata de una generación que, si bien no es nativa de las tecnologías digitales, sí está muy habituada a su uso. Por un lado, la brecha digital se evidencia al reconocer cuántas mujeres en estos espacios se involucran en el uso de programas que hicieran posible, por ejemplo, la transmisión por *streaming* de las asambleas, para el caso del I32. Con este ejemplo quiero recalcar la importancia de mirar específicamente desde el género la participación de las mujeres. Por otro lado, la brecha tecnológica sirve para caracterizar los espacios políticos de referencia. Las mujeres que ahí participan son urbanas, con acceso a educación superior, y cuentan con los recursos necesarios para poseer computadoras y *smartphones*, así como para acceder a los servicios de internet, fijo y móvil.

Las comunidades emocionales: espacios combinados y en tensión

Antes de proseguir con el desarrollo de las comunidades emocionales, quiero aclarar que parto de la noción de que una emoción es una construcción social basada en un instinto. De acuerdo con Keith Oatley (2004), se reacciona ante un evento y después se reflexiona y evalúa tal reacción. Este proceso se da ciertamente en el nivel individual; sin embargo, se da en un marco social, que es de donde se obtiene la información que posibilita la evaluación. Como diría Alison Jaggar, “la experiencia individual es simultáneamente experiencia social” (1992: 151). En el caso de las comunidades emocionales se realizan evaluaciones colectivas, hechas de forma individual, lo cual genera pertenencia a un grupo. En esta dimensión colectiva la individualidad no se borra. “Como Parkinson *et al.* (2005) señalan, la evaluación social sirve para explicar parcialmente las emociones colectivas desde la perspectiva del conocimiento compartido ya que los grupos influyen [sic] sistemáticamente las evaluaciones de sus integrantes y les proveen de guías para evaluar” (Von Scheve e Ismer, 2013: 409).

Entonces, quiero partir de la noción de comunidad para referirme a las asambleas que integraban el I32 en los niveles local y nacional. Las asambleas eran los espacios de discusión y toma de decisiones, cuyos acuerdos eran después

discutidos y votados en asambleas nacionales. Estas asambleas fueron, al inicio, estudiantiles, de preparatorias y universidades. Posteriormente emergieron las asambleas ciudadanas, conformadas por estudiantes y población en general, todos de distintas edades. Estas asambleas eran espacios de lo común. Ahí se reconocía tanto aquello que se compartía —ideales de transformación social—, como lo que les diferenciaba —formas de lograr esa transformación—. Es vital reconocer que las asambleas eran espacios autoconvocados. Esta particularidad me remite también a las feministas nicaragüenses, en tanto que ellas se integran y participan en la Colectiva y en La Corriente porque se sienten interpeladas por y en esos espacios. Si bien La Corriente implica una participación organizada en torno a una estructura de ONG, en la Colectiva cada quien participa según sus posibilidades e intereses. Mafe reconoce que “me gusta trabajar en colectivo y también me gusta la individualidad. [...] Respeto mucho el trabajo de la reflexión individual para luego compartirla en colectivo” (entrevista realizada el 19 de febrero de 2014).

Entonces, al referirme a la comunidad me desligo de aquella noción teórica que la anclaría a un espacio físico. Al hablar de comunidad emocional me refiero a una colectividad en la que sus integrantes evalúan un evento de forma común, “lo cual a su vez requiere un mínimo de estructuras de evaluación compartida o preocupaciones compartidas, lo cual lleva a la convergencia en la respuesta emocional” (Von Scheve e Ismer, 2013: 411). Entonces se parte de un piso común en la evaluación, el cual va cambiando conforme interactúan quienes integran dicha comunidad. Las feministas con quienes he trabajado en Managua, entre otros, han señalado el acoso sexual callejero como uno de los problemas que las mujeres debemos enfrentar diariamente. Mafe dijo: “de las cosas que más me molestan son el acoso sexual callejero, pero no sólo en la calle. Me molesta encontrarme con estas cosas en el trabajo, [...] me molesta encontrarlo en espacios que se supone podrían generarte cierta seguridad, se supone te podrías evitar ciertas cosas, y luego te das contra la puerta [...]” (entrevista realizada el 18 de febrero de 2014). Para el caso del #Yo soy 132, como he dicho, partimos de una coyuntura electoral en la que las consignas que nos convocaban eran dos: no querer que el PRI regresara al Gobierno federal, y la democratización de los medios de comunicación.

Al retomar estas consignas primigenias, retomo la propuesta de Barbara Rosenwein de estudiar una comunidad emocional en torno a lo que ahí se “define y evalúa como valioso o dañino, así como [...] las formas de expresión emocional que esperan, alientan, toleran o deploran” (Rosenwein, 2010: 11) quienes integran la comunidad. La valoración sobre lo que es valioso o dañino cambia en la dinámica de interacción. Es así como en el 132, de las dos consignas apenas mencionadas

pasamos a otras muchas que se derivan de esas dos, y a otras que fuimos sumando conforme se viralizaba la movilización. Un ejemplo de esto fue el surgimiento de asambleas que no eran exclusivamente estudiantiles, la profundización de lo que entendíamos por democratización de medios y, sobre todo, el desplazamiento del antagonismo frente al Estado, para ubicarnos como interlocutoras e interlocutores de la sociedad toda. Por esta razón se generaron diversas mesas de trabajo, entre las cuales se encontraba la Mesa de Feminismos, Diversidad de Identidad de Género y Orientación Sexual (FEMDIV). En la Colectiva, algunas de sus integrantes se han organizado en torno al acoso sexual callejero y han generado un blog de denuncia de hombres acosadores, además de realizar talleres de defensa personal.

Entonces, la comunidad emocional no es un espacio estable, sino provisorio en términos de quiénes la integran y cómo lo habitan. A la par que cambia su conformación, cambia la convergencia emocional. De esta forma, la comunidad no es un punto de llegada, sino un espacio ya existente en el cual afectamos y nos dejamos afectar (Garcés, 2013). La mutabilidad en y de las comunidades emocionales está relacionada con la noción de actos performativos que van dirigidos, en primera instancia, a quienes integran la comunidad y, en segundo lugar, a una población más amplia. Esta interacción comunicativa —en la calle y en internet— hace que las emociones, por ser evaluaciones, muten de forma recíproca en los niveles subjetivo e intersubjetivo. El resultado será un proceso colectivo en el cual las emociones son politizadas porque cada integrante se hace consciente de que su “sentir” no es personal sino colectivo, social. Así, la comunidad emocional implica, ciertamente, una empatía, y también un compromiso en común, pero sobre todo una conciencia de implicación total ya que, como lo explicaron las integrantes de La Corriente, se lucha por lo que a una le atañe cotidianamente.

El género como tensión

Si bien es cierto que las comunidades emocionales parten de un común compartir, también es cierto que son espacios atravesados por tensiones. El género es una de esas tensiones porque perfila las formas como se participa políticamente, así como las emociones previas y posteriores a dicha participación. Sebastián Guinheix Casta retoma el concepto de micromachismo para analizar la acción política a partir de una socialización que compele a los varones a que sean “[...] activos y fuertes, que tienen el control y soportan el dolor, instrumentalizan el cuerpo, no recurren a ayuda y tienden a preocuparse por el hacer y no por el sentir con déficit de empatía” (Guinheix, 2012: 46). De esta forma se instaura la figura de la militancia, la cual

fue cuestionada en las prácticas por el #Yo soy 132. Uno de los discursos dentro de este movimiento era aquel que apelaba al amor a cambio del sacrificio. Su paulatina viralización fue un proceso en el que participábamos hombres y mujeres, no sabría decir si equitativamente.

La separación entre facciones moderadas y ultras, además de recordar dinámicas de la huelga estudiantil de 1999 en la UNAM, señalaba también esa polarización emocional entre quienes recreaban la militancia en el sentido que señala Sebastián Guinheix Casta, y quienes nos planteábamos otros horizontes cognitivos, y por ende de acción. De esta forma se fue configurando una jerarquización emocional, la cual privilegiaba el enojo, la frustración y el resentimiento como emociones que, catalizadas, llevaban a la acción. El amor, la solidaridad cotidiana y, en lo inmediato, la ternura eran vistos con “sospechosismo”, pues se cuestionaba su efecto transformador inmediato. Esta jerarquía emocional podría aportar pautas para analizar la fuerza que fue ganando la idea de “acciones contundentes” en el sentido de no-lúdicas y de confrontación directa.

Esta jerarquía emocional tiene su reflejo en el marco de las acciones. La contundencia apuntaba hacia poner el cuerpo en confrontaciones directas, y en este tipo de acciones las mujeres participábamos menos, tanto al momento de argumentarlas en asamblea como a la hora de realizarlas. Por su parte, lo lúdico y simbólico implicaba una encarnación que permitía que cualquiera participara. La performatividad era distinta en tanto que quienes nos sentíamos interpelados respondíamos a partir de emociones diversas, es decir, a partir de evaluaciones a reacciones corporales que nos provocaban las argumentaciones.

En el contexto social nicaragüense, reconstruyendo una jerarquía emocional, el miedo sería valorado positivamente como una emoción propia de las mujeres. En torno a esto, Gabriela, de la Colectiva, reflexiona por qué a ella le molesta el miedo, ya que “generalmente el miedo no lo reinventamos, sino que nos quedamos en la fase de que el miedo nos estanca, creo que ahí estamos como país en general, en la situación política. [...] y eso también te afecta a nivel personal” (entrevista realizada el 19 de febrero de 2014). Este testimonio ubica el miedo como una de las causas de parálisis social. En esa misma jerarquía, al desafiar la asignación engenerada de las emociones se configura la proscripción emocional. De acuerdo con Jaggard (1992) y con Jasper (2013), hay emociones que son socialmente esperadas y aceptadas en mujeres, y otras en hombres. Hablando sobre el acoso sexual callejero, Mafe explica que “si reaccionás sos mal vista, y también sufrís violencia a partir del rechazo social, que puede venir incluso de tu familia” (entrevista realizada el 18 de febrero de 2014). Jenifer Landman explica que “las reglas de las emociones difieren

significativamente según el lugar asignado a una (como mujer) en el orden social” (1996: 89).

Entonces es importante reconocer que bajo cada una de las formas de participación y movilización nacen ciertas emociones y durante su desarrollo se generan otras. Se puede pensar en términos de “viajes emocionales entrelazados con la politización de una manera que reaviva la relación entre el individuo y la colectividad” (Ahmed, 2004: 171). De esta forma se pasa de la parálisis a la acción colectiva. Los viajes emocionales mencionados por Sara Ahmed se dan dentro de la organización, del encuentro, del salir a la calle, de reflexionar en conjunto, dando pie a la politización de las emociones. Es así como las mujeres podíamos pasar de la proscripción social, en el sentido de que socialmente se nos tenían prohibidas emociones como el enojo y la frustración, a un tipo de empoderamiento. Al darnos cuenta de que aquello que sentíamos no era individual sino colectivo, se politizaba la emoción, y es ahí donde la comunidad emocional se convierte en un espacio en donde la proscripción, no obstante su costo social, era re-elaborada. “Sólo cuando reflexionamos sobre nuestra inicialmente *misteriosa*⁵ irritabilidad, repulsión, ira o miedo nos damos cuenta del *nivel visceral* de la consciencia de estar en una situación de coerción, crueldad, injusticia o peligro” (Jaggar, 1992: 161). Esta reflexión se dio en lo que Javier Toret llama inteligencia colectiva, es decir, una reflexión en conjunto que nos lleva a reelaborar discursos y prácticas en el marco de los movimientos sociales.

In-conclusión o un alto en el camino

La evaluación y la valoración de los intereses desde lo emocional tienen que ver con una participación política desde lo más íntimo, desde lo personal. Es por esto que aun cuando las personas nos alejamos del #Yo soy 132, el espíritu no se esfumó. Ejemplo de ello es que las mesas se convirtieron en grupos de afinidad, los cuales continúan trabajando en espacios colectivos, ya no con el apellido 132, pero sí en la consecución de los cambios sociales que consideran necesarios. También los vínculos afectivos continúan. Quienes fuimos parte del #Yo soy 132 nos seguimos reconociendo como cómplices, amigos e incluso amantes de un discurso emocional que nos afecta políticamente. Es por eso que luego de dos años volvemos a encontrarnos, a organizarnos y a movilizarnos en la calle y en la red, porque

⁵ Cursivas propias.

sentimos que nos faltan 43 compañeros⁶, y porque compartimos el hartazgo ante el sistema político.

Al no tener un anclaje físico, esa comunidad emocional construida hace dos años puede encontrar lazos y coincidencias con las feministas de Managua. Ellas mantienen permanentemente un involucramiento con las realidades nacionales, como la discusión de la ley 779, y con las internacionales, como la desaparición de los normalistas de Ayotzinapa. Ahí se concreta lo que Milagros y Cristina sostienen del feminismo en tanto compromiso político que oscila entre lo íntimo y lo colectivo.

Entonces, si entendemos la acción colectiva como un cúmulo de comunidades emocionales, podremos ligar las dimensiones colectiva e individual en una noción de pertenencia, además de reconocer una acción colectiva en torno a intereses que atañen a las y los sujetos situados. No son reivindicaciones en abstracto, sino problemáticas que afectan la cotidianidad de cada persona. Por esto, el concepto de comunidad emocional permite desnaturalizar las emociones para entenderlas como construcciones sociales, como discursos que interpelan a quienes emprenden acciones políticas colectivas.

De igual manera, al hablar del #Yo soy 132, de la Colectiva y de La Corriente como comunidades, es vital reconocer y analizar las tensiones para entender desde el género las formas y ritmos de la acción colectiva que practican hombres y mujeres. Esto nos aportará pautas para ver desde otros ángulos la movilización, un ángulo que reivindico como política de las emociones, política a lo 132.

Referencias bibliográficas

Bénard, Silvia (2013). "From Impressionism to Realism: Painting a Conservative Mexican City". En *Cultural Studies, Critical Methodologies*. Julio, 2013. Disponible en <http://csc.sagepub.com/content/early/2013/07/18/1532708613495801> (consultado el 24 de octubre de 2013).

Cornejo Hernández, Amaranta (2014). "Debates teóricos en torno al estudio de las emociones: una mirada feminista". En Elke Köppen y Norma Blazquez Graf (coords.), *Jornadas anuales de investigación 2014*. México: UNAM.

Garcés, Marina (2013). "Residencia Copylove - 12 abril - I - 15 Festival ZEMOS98

⁶ El 26 de septiembre de 2014 fueron desaparecidos de manera forzada 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural Raul Isidro Burgos, con sede en Ayotzinapa, Guerrero. Este suceso desencadenó movilizaciones masivas en distintas ciudades de México y del mundo. Un artículo de referencia es el de John Gibler, "The disappeared" (2015).

- Los Vulnerables” [video]. Disponible en: <http://bambuser.com/v/3507537> (consultado el 28 de abril de 2014).
- Gibler, John (2015). “The Disappeared”. En *The California Sunday Magazine*, 4 de enero. Disponible en: <https://stories.californiasunday.com/2015-01-04/mexico-the-disappeared-en> (consultado el 27 de febrero de 2015).
- Guinheix Casta, Sebastián (2012). “Notas sobre violencia de género desde la sociología del cuerpo y las emociones”. En *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpo, Emociones y Sociedad*, núm. 8, año 4, abril-julio, pp. 43-54.
- Jaggar, Alison (1992). “Love and Knowledge: Emotion in Feminist Epistemology”. En Alison Jaggar y Susan R. Bordo (eds), *Gender/Body/Knowledge. Feminist Reconstruction of Being an Knowing*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Jasper, James (2013). “Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación”. En *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, núm. 10, año 4, diciembre 2012-marzo 2013.
- Kleinman, Sherryl y Martha A. Copp (1993). *Emotion and Fieldwork*. California: Sage.
- Lupton, Deborah (1998). *The Emotional Self. A sociocultural Exploration*. California: Sage.
- Lutz, Catherine A (1996). *Emotions and Feminist Theories*. Disponible en: <http://www.zefg.fu-berlin.de/media/pdf/querelles-jahrbuchaufsuite5> (consultado el 30 de octubre de 2013).
- Oatley, Keith *Emotions* (2004). *A Brief History*. Massachusetts: Blackwell.
- Rambo Ronai, Carol (1995). “Multiple Reflections of Chile Sex Abuse: An Argument of Layered Account”. En *Journal of Contemporary Ethnography*, 23:395.
- Richardson, Laurel (1994). “Writing as a Method of Inquiry”. En Norman Denzin y Yvonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*. California: Sage.
- Rovira, Guiomar (2015). “Abrazar a México: Política y sensibilidad estética del #Yo Soy 132”, en Rovira, Guiomar; Zires, Margarita et al. *Los movimientos sociales desde la comunicación. Rupturas y genealogías*. México: ENAH-UAMX.
- Rosenwein, Barbara (2010). “Problems and Methods in the History of Emotions”. En *Passions in Context*, vol. I, núm. 1. Disponible en: http://www.passionsincontext.de/uploads/media/01_Rosenwein.pdf (consultado el 7 de febrero de 2014).
- Toret, Javier (2013). *Tecnopolítica: la potencia de las multitudes conectadas. El sistema-red 15M, un nuevo paradigma de la política distribuida*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.
- Von Scheve, Christian y Sven Ismer (2013). “Towards a Theory of Collective Emotions”. En *Emotion Review*, vol 5, núm. 4, octubre, pp. 406-413. Disponible en: <http://emr.sagepub.com/content/5/4/406> (consultado el 13 de marzo de 2014).